



## Comentario bibliográfico

**Miller, Peter N.: *Peiresc's Mediterranean World*, Londres y Cambridge, MA, Harvard University Press, 2015.**

***Pablo Ubierna***

*CONICET / Universidad de Buenos Aires*

*pabloubierna@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 24/05/2017*

*Fecha de aprobación: 30/05/2017*

**E**l nombre de Nicolas Fabri de Peiresc (1580-1637) es sinónimo de la República de la Letras, el movimiento de erudición más importante del siglo XVII. Famoso en sus días, olvidado tras su muerte, Peiresc es uno de esos personajes que corporizan, si bien no toda una época, por lo menos todo un movimiento o aspecto particular de ella. Hijo de una importante familia del *Parlement de Provence*, fue formado primero por los jesuitas en Aix y Avignon para completar su educación en Montpellier y Aix en donde obtuvo un doctorado en Leyes (1604). Recorrió los círculos intelectuales parisinos, flamencos, holandeses e ingleses en los que forjó amistades que serían parte de una magnífica red de contactos académicos. Radicado finalmente en Provenza, desde esa inesperada sede provincial, fue capaz de, como dijera Pierre Gassendi su biógrafo, “unir a toda la humanidad, a lo largo de todo el mundo, a partir del comercio y la correspondencia”. Su muerte en 1637 fue lamentada en todos los círculos de *savants* europeos y su figura fue recordada en una reunión de homenaje en Roma a la que acudieron diez cardenales

(fue amigo del papa Urbano VIII y del cardenal Francesco Barberini, ante quien intercedió por Galileo), decenas de filólogos y *connoisseurs*; se publicó un volumen de poesía elegíaca en cuarenta idiomas y su figura recibió, en la pluma de Gassendi, la más importante biografía intelectual escrita en el siglo XVII<sup>1</sup>.

Astrónomo, botánico, etnólogo, zoológico, filólogo, los intereses de Peiresc sin duda englobaron los de aquellos últimos grandes nombres del Humanismo europeo. Fue lo que generaciones posteriores llamaron un “anticuario”, si por eso entendemos alguien interesado en la cultura material y cómo el oficio de historiador transforma esos restos en evidencia. Es éste un aspecto clave sobre el que se centra la presente obra de Peter N. Miller, profesor y decano del Bard Graduate Center (Bard College) en el estado de Nueva York quien ya ha dedicado un libro fundamental a la figura de Peiresc<sup>2</sup>. En *Peiresc's Mediterranean*, Miller estudia el universo de contactos que armó Peiresc a lo largo de todo el Mediterráneo y gracias al cual fue recibiendo y compartiendo datos, libros y objetos. Y lo hace estudiando un fondo documental singular, el propio archivo (y lo es propiamente, ya que los documentos estaban organizados para su uso) de Peiresc que sobrevive en la Biblioteca Inguimbertine de Carpentras. Se trata de 119 volúmenes de cartas manuscritas, notas de lectura, memoranda y extractos de textos totalizando unas 77.000 piezas en papel. La supervivencia de este archivo es por demás interesante ya que la biblioteca (unos 5.000 volúmenes), la colección de monedas de Peiresc (unas 18.000), así como los demás objetos y manuscritos atesorados por el anticuario provenzal fueron rematados entre coleccionistas a su muerte.

---

1 Un siglo después el volumen de poesía en homenaje a Peiresc, así como su figura y su obra serían todavía recordados por Samuel Johnson y Pierre Bayle. No habría otra biografía de Peiresc hasta el artículo publicado por H. Leclerc en el *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie* en el vol. XIV, t. I, 1939, cols. 1-40. [Esta interesantísima obra, dirigida a sus comienzos por Dom F. Cabrol, prior del monasterio de benedictinos franceses de Solesmes en Farnborough, Inglaterra (St. Michael's Abbey fundada por la emperatriz Eugenia tras la muerte de Napoleón III y su hijo, ambos durante su exilio inglés), merece un estudio profundizado en el contexto de la reutilización de materiales acumulados por la erudición de los siglos XVI, XVII y XVIII. La frecuentación de sus páginas acercan al lector a muchas reproducciones del archivo material y literario de Peiresc y dejan asomar la idea de una posteridad del anticuario provenzal no tan olvidada como se creía. Por lo menos en algunos ámbitos de la erudición francesa, como la de estos benedictinos herederos, tal vez *malgré eux* y las ideas de su fundador Prosper Guéranger, de la tradición maurista].

2 Miller, Peter N.: *Peiresc's Europe. Learning and Virtue in the Seventeenth Century*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2000.

Tras la lectura atenta del inmenso archivo de Peiresc, Miller lo sitúa junto a otros dos grandes nombres, insoslayables, de la historia del Mediterráneo: Fernand Braudel, claro, por un lado y sobre todo Shlomo Dov Goitein y sus estudios sobre la Genizah de El Cairo y la posibilidad de escribir una historia global del mundo Mediterráneo a través de los documentos encontrados en ella<sup>3</sup>. Con el ejemplo de Braudel, las cosas se plantean de manera diferente para Miller. Braudel tuvo acceso al archivo de Peiresc en 1932 y de hecho publicó unas siete cartas a pedido de una sociedad cultural de Argel, donde el historiador estaba viviendo en ese momento<sup>4</sup>. Pero no le dio mucho valor y el archivo quedó relegado en sus futuras investigaciones<sup>5</sup>. Era 1932 y la figura de Peiresc no reunía todavía los favores de una historiografía para la que los anticuarios eran gentes alienadas del presente (tal como Henri Pirenne le dijera a Marc Bloch en una excursión a Estocolmo durante el Congreso Internacional de Ciencias Históricas en Oslo en 1928 quien conservó la anécdota en su *Introducción a la Historia*)<sup>6</sup>. Pero en 1950 Arnaldo Momigliano publicó su famoso artículo sobre “Ancient History and the Antiquarian”<sup>7</sup> y rescataría con él, tal vez un poco prematuramente para lo que la historiografía podía recibir en ese momento, las formas de trabajo de esos eruditos de la primera modernidad. Fue sin duda ese artículo (originado en una conferencia en el Warburg Institute en 1949) el que le dio cartas de ciudadanía a un nuevo campo de estudios y presentaría a Peiresc como el arquetipo, el ejemplo vivo de la tradición anticuaria<sup>8</sup>.

---

3 Goitein, Shlomo Dov: *A Mediterranean Society. The Jewish Communities of the Arab World as Portrayed in the Documents of the Cairo Geniza*, 6 vols., Los Angeles, University of California Press, 1967-93.

4 Cuya publicación se llamó *Bastion de France* y tuvo una corta duración.

5 Miller se encarga de subrayar el valor que el archivo de Peiresc podría haber tenido, de haber sido estudiado, para todo el proyecto que Braudel encaró a principios de los años 1950 sobre *Affaires et gens d'affaires*, publicando la correspondencia de mercaderes junto con un comentario.

6 Bloch, Marc: *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 38.

7 Momigliano, Arnaldo: “Ancient History and the Antiquarian”, *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, Vol. 13, 1950, pp. 285-315. Vuelto a publicar en el primer *Contributo alla storia degli studi classici* en 1955 y en *Studies in Historiography* en 1966.

8 Con todo, el artículo de Momigliano, que funciona como la síntesis de la historia de la tradición anticuaria — clásica y temprano moderna— que no existía hasta entonces, se centra en una generación posterior de anticuarios, la del XVIII, y la discusión contra el escepticismo histórico, el Pirronismo que la divulgación de la obra de Sexto Empírico a partir del siglo XVI había convertido en el centro de una de las mayores controversias de la historia de la historiografía moderna. El reto que representó el Pirronismo se presentó como un problema mayor a los ojos de Momigliano como ya lo había sido para Paul Hazard en *La crise de la conscience européenne*, París, Boivin, 1935.

En *Peiresc's Mediterranean*, Peter Miller nos muestra a un hombre atento a todas las facetas del conocimiento y organizando una red de contactos sin igual y sin más fuerzas que las que él podía desplegar desde su reducto provenzal (en esto Peiresc se distingue de otro insigne polímata de la época, Athanasius Kircher, quien movilizó los amplios recursos y cobertura geográfica de la Compañía de Jesús para hacer llegar datos, objetos y libros a su estudio romano). Peiresc se valía de comerciantes, misioneros (franciscanos, capuchinos), representantes diplomáticos (muchas veces también eran comerciantes), patronos de barco, viajeros, todos los tipos humanos que el puerto de Marsella ofrecía a principios del siglo XVII, justo el momento en que Provenza se mezcló en los grandes negocios mediterráneos junto a genoveses, venecianos y otomanos<sup>9</sup>.

El archivo de Peiresc (cuyo estudio Miller organiza en 36 capítulos temáticos de muy diversa extensión y 3 apéndices) nos muestra al astrónomo interesado por establecer observaciones del mismo fenómeno astronómico en diversas partes del Mediterráneo —del Levante a Egipto y de ahí al Norte de Africa y le Península Ibérica— así como al historiador de las religiones interesado en las liturgias y usos de samaritanos y cristianos de Oriente pero también al hombre capaz de moverse con soltura entre los meandros de la vida portuaria marselesa —autoridades, problemas sanitarios, veleidades de patronos, argucias de comerciantes<sup>10</sup>—, capaz de sortear todos los problemas (o muchos de ellos al menos) que la piratería (corsarios moros con base en Argel pero también Caballeros de San Esteban partiendo del puerto de Livorno y con apoyo toscano) y las limitaciones del correo presentaban en su época.

Pero es justamente en el desarrollo de los estudios orientales (un interés que Peiresc desarrolló tras una visita a Venecia en 1600 y un encuentro allí con Escalígero) en donde el archivo del anticuario muestra su mayor riqueza: en sus cartas desfilan los eruditos maronitas que cimanta-

---

9 De esa centralidad provenzal dará cuenta todavía un siglo después el relato de viajes del maronita alepino Hanna Dyâb quien recorrió el Mediterráneo hasta llegar a Francia y ser recibido por Luis XIV antes de retornar al hogar y dejarnos este relato escrito en el árabe dialectal local (al escribir en una lengua no sacralizada como el árabe literario nos entrega un testimonio maravilloso que sólo un cristiano podía permitirse). Hanna Dyâb, gran narrador de historias fue uno de los principales informantes de Galland para muchos de los cuentos de las Mil y una Noches, nos deja un fresco de la vida mediterránea (las diferencias religiosas y lingüísticas, los fenómenos meteorológicos, los peligros de la piratería) que encontramos en muchas de las páginas del epistolario de Peiresc. Cf. Dyâb, Hanna: *D'Alep à Paris. Les pérégrinations d'un jeune syrien au temps de Louis XIV*, París, Actes Sud, 2015.

10 Y el uso de correspondencia de y con comerciantes para estudiar el desarrollo de la erudición moderna es, sin duda, uno de las mayores innovaciones del libro de Miller.

ron el conocimiento del árabe y del siríaco en Europa: Sergio Gamera Reiskalla (quien durante un tiempo se alojó en casa de Peiresc), Giorgio Amira y sobre todo Gabriel Sionita y Abraham Ecchelenis. Los largos, y finalmente infructuosos, intentos por adquirir un salterio hexágloa (un manuscrito que finalmente recalaría en Roma) llenan muchas cartas. Aparecen también en sus epístolas muy bien reflejadas las peripecias diplomáticas de Harlay, conde de Césy, cuyas deudas contraídas como embajador de Francia ante la Sublime Puerta hicieron tambalear la íntima relación diplomática entre Francia y el Imperio Otomano. La competencia en Alepo entre los agentes de Peiresc (por lo general misioneros capuchinos) y Pococke por la adquisición de manuscritos árabes fue épica, llevando el inglés la mejor parte. Sólo la partida de Pococke, sin duda el mayor arabista del siglo XVII, hacia Inglaterra permitiría que Peiresc generara un amplio flujo de textos árabes hacia Provenza. Mayor suerte tuvo con la búsqueda de manuscritos samaritanos (que estarán en el origen de la erudición europea sobre el tema).

El presente libro de Peter Miller, así como las otras obras que ha dedicado a la figura de Peiresc, completan el cuadro de la actividad de una tradición erudita que retomaba el valor de la cultura material (objetos arqueológicos, numismáticos, arte, manuscritos) por sobre la tradición literaria (cronística, histórica) para la composición de la narración histórica. El descrédito de esa tradición literaria permitió el desarrollo de las posturas escépticas frente a todo tipo de conocimiento (no ya sólo el histórico) que mostró la controversia sobre el Pirronismo. La erudición anticuaría se levantó contra esto y resultó victoriosa<sup>11</sup>. Pero esa victoria tuvo corta vida ya que, a mediados del siglo XVIII, el auge de la historiografía filosófica (con Montesquieu, Voltaire, Gibbon, incluso Winkelmann, quien de hecho trabajó con el epistolario romano de Peiresc en las copias conservadas por el Cardenal Albani) comenzó a escribir una narración histórica que permitiera entender la civilización contemporánea (en una clara operación de síntesis, algo que sin duda la dispersión de intereses y falta de visión teleológica no permitió a los anticuarios). A pesar de esa incapacidad para generar un relato histórico homogéneo, los instrumentos de trabajo desarrollados por los an-

---

11 Dándole un lugar a lo que desde entonces se comenzó a llamar ciencias auxiliares que eran las que permitían que los argumentos históricos fueran verdaderos (*historicis argumentis fidem faciunt*) como dijera Heyne en la apertura del Instituto Histórico de Göttingen en 1766.

ticuarios los sobrevivirían y los veremos incorporados a las formas de trabajo de la erudición filológica y arqueológica en el siglo XIX<sup>12</sup>.

El de Miller es un libro fundamental para entender muchos aspectos no tan evidentes del oficio del historiador. Es un libro, sin dudas, provocativo (poner en perspectiva los límites del estructuralismo de Braudel frente a algo como, ¡nada menos!, el flujo de objetos y personas —flujo un tanto caótico y que sólo se ordena en el archivo de propio Peiresc y adquiere allí la síntesis que su dueño nunca escribió— no es algo menor<sup>13</sup>) y que nos ubica en la amplia perspectiva de la importancia de la cultura material para escribir una historia de las ideas cuyos contornos ya hemos aprendido a conocer a través de Aby Warburg, Paul Hazard y Arnaldo Momigliano.

---

12 El fundamental *Handbuch der Archäologie der Kunst* de Karl Stark (Leipzig, 1880) dedica toda una sección a Peiresc (pp. 130-134) a quien califica como primer crítico arqueológico. Más allá de las tentaciones de una historia *whig* de Peiresc, la mención de Stark señala también la supervivencia de Peiresc *outré-Rhin* antes de la recuperación de H. Leclerc.

13 En este punto es importante rescatar que Miller realiza una operación crítica sobre Braudel desde un nuevo ángulo pero retoma argumentos (la finalmente inacabada síntesis propuesta) que esgrimieron otros críticos como Bernard Bailyn, J. H. Hexter, Hans Kellner o el propio H. R. Trevor-Roper.